



nos permiten literalmente "ver" a La Madremonte actuando:

"...Lo único que había eran piedritas, las cuales masticaba lentamente hasta que se le deshacían en la boca. Cuando tenía sed se tomaba una manotada de lava caliente..." (pág. 8).

En otros momentos el acierto está en la concordancia entre significativo y significado, o sea las palabras se adaptan al sentido y el sentido a las palabras:

"...El agua estaba fresca. Bebió acurrucada en una roca de la orilla. Pero pronto tuvo que subirse a otra pues la corriente era cada vez más oscura y más rápida y crecía y crecía. Qué de arabescos y chapuzones hacía el río y ella contestaba con carantoñas y zarpazos..." (pág. 8).

Si quitáramos lo que nos hemos atrevido a llamar el segundo libro, o sea las aventuras del duende, la historia ganaría en coherencia y calidad, pues el conflicto planteado al inicio sólo se resuelve al final, y lo que hay en medio no altera en nada el núcleo argumental. El libro se reduciría en número de páginas pero crecería en calidad.

Hubiera preferido que Jorge Holguín estuviera vivo para que pudiera replicar a mis apreciaciones; también porque parece algo desleal hablar de alguien tan recién muerto, que no puede responder por su palabra, ni por el peso de la vigencia de su obra en el tiempo. Me permitió hacerlo el acercarme desprevenidamente a Gior-

gio y a *Madreselva*, lo único que de él conozco: parte de su obra llamada a vivir o a perecer por sí misma. El tiempo tendrá la última palabra.

Lo demás es información tomada del periódico: que vivía en Copenhague desde 1982, que allí murió a los 37 años. Que era bailarín, coreógrafo, actor, pintor, escritor, caricaturista, fotógrafo, guionista. De su obra escrita se conocen: *Giorgio I* (Tiras no cómicas), *Fútbol en las nubes* (Cuento de Navidad), *Mariela de los espejos* y otros cuentos y danzas privadas (*Manual de rituales*). Tenía en preparación *Giorgio II* y *San Jorge de Caramelo* o *La Virgen voladora*.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO

Discursos, homilias, evocaciones

Ensayistas *

Ciro Alfonso Lobo Serna (compilador)
Biblioteca de Autores Ocañeros, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1988, 389 págs.

Si el título de este libro hubiera sido *Miscelánea*, sería menos injusto con el lector, porque luego de recorrer sus casi cuatrocientas páginas encuentra toda clase de géneros, pero el que más escasea es el ensayo.

Es lamentable que este último tomo (número 20) de la Biblioteca de Autores Ocañeros padezca de tanta ligereza en la selección de textos y de tanta generosidad en la escogencia de los autores, contradiciendo los parámetros que señalaron el rigor y la calidad de tomos anteriores, como los dedicados a los Felibres, José Eusebio Caro, Luis Eduardo Páez Courvel, los cronistas y la historia de la ciudad de Ocaña.

En *Ensayistas*, la constante es la improvisación para un desordenado y desigual *collage* de discursos, homilias, conferencias, prólogos de antologías, semblanzas humanas, comentarios de libros, evocación de ciudades y paisajes, notas necrológicas, cróni-

cas aldeanas e, incluso, una carta. Y en ese pintoresco álbum retórico muy pocas veces asoma la cabeza esa sobria figura del ensayo.

Son veintiún autores, entre antiguos y contemporáneos, reconocidos e inéditos, estudiosos y frívolos, que no cumplen con la intención del antologista, de presentar "un buen número de letrados que han dado lustre a la comarca nortesantandereana de Ocaña". Y conste que la provincia sí tiene ensayistas que merecían la promoción en el pulcro estilo editorial de esta colección.

Lucio Pabón Núñez, Jorge Pacheco Quintero, Leonardo Molina Lemus, Ciro Alfonso Lobo Serna y Páez Courvel han incursionado con éxito en este género, y sus textos son los que más se aproximan a cumplir con las exigencias del título de la antología. Sin embargo, comparados con otros trabajos, éstos son artículos de tono menor, sin el rigor, la investigación, las alternativas, hipótesis y conclusiones del verdadero ensayo. De Pacheco Quintero, por ejemplo, se escogió un prólogo a la *Antología de la poesía en Colombia*, con interesantes planteamientos sobre los periodos renacentista, barroco y neoclásico, pero sin la profundidad de otros estudios suyos sobre el mismo tema. De Pabón Núñez, una evocación lírica de Florencia y un discurso con motivo de los ochenta años de la Constitución de 1886, teniendo él, como tiene, eruditos ensayos sobre la hispanidad, el Quijote, Primo de Rivera y la guerra civil española. Y de Páez Courvel, un discurso almibarado sobre el paisaje santandereano, para la sesión solemne de un centro de historia.

El antologista, que tampoco acierta en la escogencia de sus textos, reconoce que las "muchas horas de repaso, de estudio y de selección para encontrar los ensayos, no siempre totales por falta de espacio, signifique haber hallado lo mejor que, en ese género, escribieron". Y al referirse a los ensayistas más recientes confiesa haber sacado sus escritos de periódicos de provincia o de diarios bogotanos, aspirando a leerlos algún día "con un estilo más castigado".

Si se hubiera sacrificado cantidad por calidad, se hubiera logrado el espacio para destacar los ensayos que no aparecen. Y hubiera sido preferible esperar que los recientes escritores castigaran su estilo para incluirlos, como premio, en una colección tan decorosa como ésta.

MIGUEL MÉNDEZ CAMACHO



El Mediterráneo es un mar joven

Cuadernos de un itinerario

Eduardo Mendoza Varela

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1989, 343 págs.

He repasado recientemente algunas de las crónicas de Cruz y Raya; de Eduardo Mendoza Varela; hay en ellas páginas memorables; entiendo que el autor es mucho más ameno cuando habla de su terruño que cuando sale a andar por el mundo.

El Mediterráneo es un mar joven es una serie de anotaciones desordenadas, olvidadas por años en polvosos anaqueles. Notas perdidas en el texto nos enseñan que fueron escritas en los últimos años de la década de los cincuenta.

Su autor insiste en que no se trata de un libro de viajes sino de un libro de sensaciones. Sospecho que todo libro de viajes tiene la obligación de ser un libro de sensaciones; también creo que el de viajes es uno de los

géneros más difíciles. Leer esos libros es como mirar fotografías ajenas, ejercicio fútil en tanto no haya puntos de identificación muy íntimos entre el viajero y el lector.

Su lectura me recordó, desde luego, los buenos libros griegos de Andrés Holguín. Esto me da pie para una apreciación. Cierta pudor nos veda la dureza contra los muertos antes que estén definitivamente muertos. Prefiero ser un lector discreto. Es más: me disgusta el presuntuoso arte de destrozarse autores para mostrar el ingenio (o el resentimiento) propio. Reclamo solamente mi derecho a la objetividad. En nuestro medio, más que en cualquier otro, cabe la idea de Roland Barthes de que toda crítica debe ser afectuosa. Porque si hacemos la crítica que pide Alfonso Reyes, estableciendo minuciosamente las simpatías y las diferencias con los autores, corremos el riesgo de quedarnos pronto sin literatura.

Pero pasemos al libro. No he conseguido gustarlo. He recorrido las páginas, despaciosamente. En primer lugar, se me antoja demasiado íntimo. Sus claves son muy personales. Tiene el sentimiento de las cosas bellas, pero...

Tampoco es deplorable. Casi no hay libro que lo sea. Simplemente sus descripciones son letárgicas. Convoacan al bostezo. Me aqueja la desgraciada enfermedad de leer una página pensando en otra cosa. Síntoma bien conocido, que en condiciones normales envía de inmediato el libro a su estante vacío en la biblioteca, en espera del día en que mis herederos lo vendan o lo quemem. Seguí, tozudamente esperanzado, en busca de algún tesoro oculto... No sólo la última parte, sino todo el volumen, se convierte en un viaje por las estériles provincias del Asia Menor. Sin embargo, hay allí hendijas de lucidez, como cuando anota: "Girar con el ánimo desprevenido, sin metas ni itinerarios, me ha dado siempre los mejores resultados".

Seguramente no le falta erudición, pero ésta me parece de segunda mano (una original bibliografía a posteriori parecería confirmarlo) y más cargosa que embellecedora. Quizá pueda disculpar al autor el hecho de que escribió

para sí mismo y tal vez jamás quiso ver en la imprenta sus impresiones.

Como el autor, amo la Umbria, amo la Toscana, con sus "pueblos atalayados sobre el paisaje conmovedor", pero... Pasamos por las vegas del Chianti, "la más refinada de las campiñas", por el hermoso pueblito de San Gimignano, al que una atroz tradición quiere llamar el "Manhattan del siglo XIII". Mendoza Varela advierte una dicotomía cuando menos curiosa: los santos purpurados, ostentosos, barrocos, de Roma, frente a los santos humildes de la campiña, santos de la Umbria y de la Toscana, humanos, profundamente humanos, como Francisco de Asís o Catalina de Siena. Sin embargo, pasé sobre Asís sin que se despertaran los ecos que alguna vez me despertara Chesterton.

Ahí están los olivos, los cipreses de Toscana. Pero allí la poesía sólo puede gastarse con las palabras. Porque ella se justifica a sí misma.

Estuve en Grecia, en compañía del autor. La mejor descripción de Atenas se la debo a un amigo: "Atenas es igual a Armenia, pero con Partenón". Visité, en las páginas del libro, el sorprendente museo de Atenas y, como el autor, deseché el caos mental de la visita turística, pero...

En Roma, con "su hondo lenguaje de cisterna", me sorprendió la saña con que los primeros cristianos derribaron todo rastro del imperio. Vi a las solteras que acuden cada año, puntualmente, a Palestrina (en Italia), para rezar a San Antonio. Recorri una Palestina (en Asia), calurosa y desértica. Observé a Vespasiano arrojando sartaes de esclavos vivos en el Mar Muerto. Quise admirar a Jerusalén, que "parece la proa de un navío fantástico anclado en medio del desierto". No dudo que sea un lugar mágico, pero...

Recorri sus estampas... pero no encontré una visión que no repitiera los eternos lugares comunes. De todos modos es un testimonio de un personaje de una especie que se extingue. Pero, en suma, me ha parecido una obra de segundo orden de un escritor de segundo orden, a la cual es fácil otorgarle el olvido.

Basta de peros. Contra este volumen tengo solamente un reproche, el